

CANTOS RODADOS

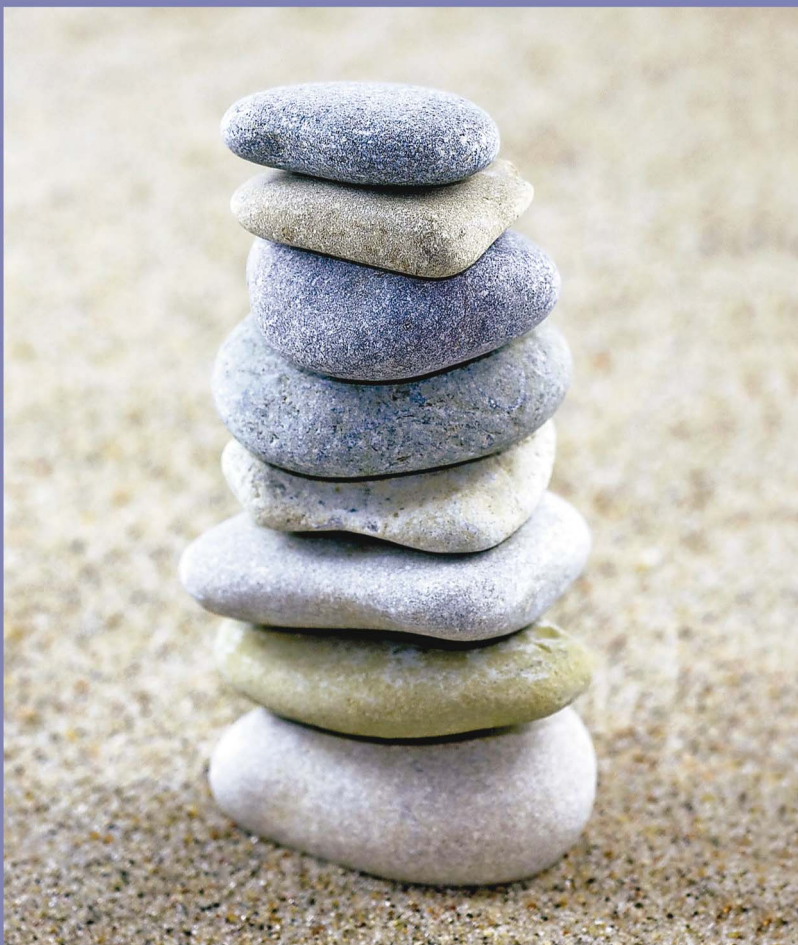
Mi camino hacia el zen

Ana María Schlüter



36

CRUCE
X



CANTOS RODADOS

Mi camino hacia el zen

Ana María Schlüter



Diseño de cubierta: Ignacio Molano / Estudio SM

© 2014, Ana María Schlüter Rodés

© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppccedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2748-5

Depósito legal: M-15.458-2014

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
1. EL CAMINO QUE ME CONDUJO COMO CRISTIANA AL ZEN	11
Los cuentos, tesoro del alma	14
«Recoge mi corazón en mí hacia Ti»	22
La tarea más noble de la razón	25
«¿Por qué unos ven y otros miran y no ven?» ...	26
El alma subalimentada, ciega para Dios	28
Ceguera estructural	30
La dimensión espiritual inherente a la natura- leza humana	32
2. LA MARAVILLA DEL ENCUENTRO CON OTRAS CULTURAS	35
«Llena está toda la tierra de su gloria» (Is 6,3) .	39
Encuentro con Japón	39
Conocimiento limitado de la cultura japonesa .	44
La vuelta a casa	44
3. LA PRÁCTICA DEL ZEN Y SUS FRUTOS	46
Un camino que lleva a descubrir algo esencial olvidado	47
El cultivo del encuentro con Dios	50
Descubrimiento de una nueva lengua	52
Guía en el camino	55
Etapas del camino	59
4. ZENDO BETANIA EN BRIHUEGA	71
Brihuega, la pequeña Toledo	73
El olivo y el roble	75

El banderín	76
El manantial	80
5. ZEN Y MÍSTICA CRISTIANA	83
Luz del alma y su equivalente en el zen	86
Más allá del pensar y su equivalente en el zen ..	89
Las cosas son misterio y su equivalente en el zen	93
Características distintivas	94
6. DISCERNIMIENTO	104
Criterios para un auténtico despertar	105
Diferentes posturas ante la relación zen - fe cristiana	111
Actitudes éticas	117
7. PROYECCIÓN SOCIAL DEL ZEN	120
8. PRACTICAR ZEN COMO SI NO SE PRACTICARA	123
LIBROS DE LA AUTORA PARA AHONDAR MÁS	127

Has desplazado una piedra
en un río de la tierra.
El agua ahora sigue un curso diferente.
La corriente de un río
no se puede parar.
El agua siempre encuentra
su camino rodeando.
Quizá a veces lleno de nieve y lluvia
el río se lleva tu piedra
para dejarla luego pulida y redonda
descansar en el abrigo
del mar.

La fecundidad del encuentro estará a la altura de la riqueza vivida de cada uno de los participantes; el conocimiento y la experiencia de la herencia propia hacen posible y deseable una percepción más aguda y esencial del otro patrimonio (J. SCHEUER, *Un cristiano en la senda de Buda*. Barcelona, Herder, 2012, p. 85).

PRESENTACIÓN

Se me ha invitado a escribir un pequeño libro en el que rescatar el valor del «entre» referido al ámbito compartido entre budismo zen y cristianismo. Me parece una empresa difícil por varias razones (amplitud del tema, puntos de vista diferentes, etc.). No veo mejor manera de hacerlo que limitarme a contar cómo se ha ido dando en mí este «entre» y a qué descubrimientos, reflexiones, discernimiento, posturas y acciones me ha llevado.

Creo que no es tiempo para posturas dogmáticas, sino de testimonios y discernimiento. Espero que este enfoque limitado pueda servir de ayuda en estos primeros tiempos de encuentro entre dos grandes tradiciones espirituales de la humanidad. Hace solo poco más de medio siglo –a mediados del siglo xx– que este encuentro, no ya solo teórico, sino también práctico, comenzó.

A España vino por primera vez el maestro zen y jesuita H. M. Enomiya Lassalle; corría el año 1976. Fue cuando tuve el primer contacto directo con el zen. Unos años después fui a *Shinmeikutsu*, el centro zen del P. Lassalle en Japón. Durante esta estancia me presentó a su maestro zen, Yamada Kôun Roshi, al que acudí en temporadas más o menos largas en los años siguientes.

En 1982 organicé el viaje a *Shinmeikutsu* con un grupo de personas que ya habían empezado a practicar zen. En esta ocasión, Hugo Enomiya-Lassalle, SJ, me regaló *Two Zen Classics*, un libro que, además del *Mumonkan* («Barrera sin Puerta»), contiene otra serie de koans¹, el *Hekiganroku* («Crónica de la Pared

¹ *Koan*, una anécdota, dicho o gesto que trasciende la lógica.



Delhi Tejero

Rocosa de Jaspe»). En la dedicatoria escribió: «En recuerdo del primer grupo español que estuvo en *Shinmeikutsu* y con la esperanza de que también en España el zen llegue a florecer, y lo haga en plena armonía con la espiritualidad cristiana».

En 1986, Yamada Kôun Rôshi prologó la edición española de la *Barrera sin Puerta*. La había traducido yo después de haber sido autorizada para transmitir zen e iba a ser la primera obra editada por Zendo Betania. Al final del prólogo, Yamada Rôshi decía:

España es un país con una profunda tradición contemplativa cristiana. A lo largo de la historia supo enriquecerse

en el encuentro con corrientes espirituales provenientes del islam y del judaísmo. Hago votos para que, en la actualidad, la semilla del zen, proveniente del Lejano Oriente y plantada en España, fructifique en este país y que el encuentro auténtico entre cristianismo y zen contribuya a la verdadera paz de la humanidad.

Ojalá se estén cumpliendo en España las esperanzas de estos dos hombres fundamentales para el encuentro entre el zen y la fe cristiana.

1

EL CAMINO QUE ME CONDUJO COMO CRISTIANA AL ZEN

Un rabino pobre de Cracovia soñó una noche que debajo de un puente en Praga había un gran tesoro. No lo pensó dos veces y se puso en camino. Un día, mientras estaba cavando debajo del puente, se acercó un policía para preguntarle qué hacía allí. El rabino le explicó el sueño que había tenido y que estaba buscando un tesoro.

–Qué extraño –replicó el policía–, porque yo he soñado con un rabino de Cracovia que tenía un gran tesoro debajo del lar de su casa.

En cuanto lo oyó, el rabino volvió a su casa, cavó debajo del lar y descubrió el tesoro en su propia casa.

Durante muchos años no di importancia a lo que había vivido de niña una mañana a primera hora, cuando, estando en casa de mis abuelos de Berlín, bajé al jardín y vi en el césped húmedo del rocío una pequeña flor amarilla. Sin embargo, nunca lo he olvidado.

Tampoco reparé durante mucho tiempo en el olor a tierra húmeda que percibía al apartar las hojas caídas para recoger con mi padre hayucos en un bosque de hayas, después de la Segunda Guerra Mundial, y canjearlos por aceite. Todavía puedo evocar aquel olor. ¿Qué había allí? Era algo muy simple y muy bueno. Todo el bosque, en cada estación de una manera distinta, lo exhalaba. Durante la guerra nos habíamos refugiado de los bombardeos de Berlín en casa de unos

campesinos de un pueblo en la Baja Sajonia rodeado de bosques de hayas.

Antes de trasladarnos allí, una catequista había venido a hablar con mi madre. Recuerdo muy bien que le dijo: «¿No sería bueno que su hija conociera al Salvador?». A raíz de esto empecé a acudir a la preparación para la primera comunión. Pero esta se interrumpió porque vino una orden que, debido a los constantes bombardeos nocturnos, no se podía quedar ningún niño en Berlín. La señorita que había venido a casa, cuyo nombre recuerdo perfectamente, mandó entonces una Biblia abreviada al pueblo a donde fuimos evacuados. También un catecismo, muy diferente de lo que luego descubrí que eran otros catecismos. A mí me enseñó a rezar. Eran unos de los pocos libros que cabían en la repisa de la ventana de la habitación donde vivíamos en casa de aquellos campesinos. Lo que me quedó grabado de la lectura de la Biblia es que hay Alguien que está con nosotros siempre, cuidándonos en cualquier situación. Aprendí en los libros de la naturaleza y de la Biblia. «Alimentada por Biblia y naturaleza. No me alimentaron ni poetas ni sabios. A los famosos casi no los conocía», puedo decir con Meta Heusser-Schweizer (1797-1876).

La primera comunión no tuvo lugar hasta años después en Gotinga, cabeza de partido de la región a la que pertenecía el pueblo de Gross-Lengden, donde vivíamos evacuados. Ya había terminado la Segunda Guerra Mundial y habían pasado los primeros años de la posguerra. Los pocos niños católicos que habíamos ido a parar a esa zona, después de una somera preparación, fuimos recogidos un domingo en un camión, que en los días de diario recogía la leche de las pequeñas vaquerías de los campesinos, para llevarnos a la modesta iglesia católica de la ciudad, donde comulgamos por primera vez.

En el pueblo también había asistido anteriormente a unas clases en que el pastor evangélico del pueblo nos hacía aprender salmos. De una tía muy querida, hija de pastor luterano, aprendí una oración que rezaba antes de la comida; era parte de un salmo.

De esta manera, poco a poco, sin forzar ni imponer nada, fui descubriendo algo hondo y a la vez muy natural que marcó mi vida. Desde una primera visita a Montserrat, impresionada por el recinto de la basílica –nunca había visto nada igual–, quise vivir para Eso. Sin saber nada todavía ni de monjas ni de monjes, únicamente de diaconisas evangélico-luteranas que había en mi familia alemana.

En el pueblo aprendí otra cosa muy importante. Ya había terminado la guerra e iba al colegio en la ciudad. Debido a que algunos colegios estaban sirviendo de hospitales, se repartía a los niños en turnos de mañana y de tarde en los colegios que quedaban disponibles. Alguna vez que me había tocado el turno de tarde y había perdido el tren volví recorriendo los diez kilómetros a pie. Al principio íbamos tres amigas juntas, luego se separaban nuestros caminos, porque regresábamos a distintos lugares. El último trozo había que hacerlo a solas y a oscuras. Aprendí a mirar las estrellas y poner un pie delante del otro para que no me pudiera el miedo. Años después caminé a solas en otras oscuridades, «sin otra luz y guía, sino la que en el corazón ardía».

Había descubierto que hay un recinto adonde el miedo y el desánimo no pueden llegar y donde eres libre. A él recurrí también en otras situaciones duras de la vida, como por ejemplo más tarde en Holanda. A veces repitiendo alguna frase. Allí temí que pudiera ocurrírsele a alguien aconsejar ayuda psicológica. Desconfío de un tipo de psicología que ignora este espacio de regeneración y fortaleza que hay en lo más recóndito de todo ser humano. Por eso, muchos

años después, me ha llamado la atención el libro de David Brazier, *Terapia zen*.

Todos esos momentos, que se me quedaron muy grabados, al recordarlos, me llenan de gratitud. Curiosamente, en medio de esto también está el recuerdo vago de la pequeña reproducción en una revista berlinesa de una imagen extraña, pero sugestiva, ¿un buda o bodhisattva?

Los cuentos, tesoro del alma

Mi madre había sido en los años treinta maestra en el Grup Escolar Milà i Fontanals, dirigido por Rosa Sensat i Vilà (1873-1961), en Barcelona. Era una educación para la responsabilidad y que hacía pensar. Nunca me agobió, ni siquiera cuando de niña no hacía bien las cosas y no obedecía según la manera prusiana. Cuando por ese motivo le llamaba la atención alguna persona mayor, ella decía: «Lo hará cuando lo entienda». De esta misma manera fui conociendo poco a poco la fe cristiana, en un ambiente abierto, libre, desde dentro, en situaciones de peligro, escasez, y a la vez en una infancia feliz. Algo que llevo conmigo como un tesoro de la niñez son los cuentos populares recogidos por los hermanos Grimm, que mi madre nos solía leer en Berlín mientras cenábamos. Aunque rara vez los cuentos hablan expresamente de lo espiritual, realmente tocan lo más profundo del alma humana y contribuyen a su despertar.

Los hermanos Grimm, convencidos de que los cuentos contenían vestigios de mitos indogermánicos, los recogieron por los pueblos, de labios de ancianas sobre todo. No eran unos cualquiera o personas ingenuas. Llegaron a ser profesores de Filología en la Universidad de Gotinga, y como tales asentaron los fundamentos de la germanística científica. Formaban parte de los «Göttinger 7», que en 1837 protesta-

ron contra la derogación de unos artículos de la constitución liberal del reino de Hannover. A causa de ello, el rey Ernst August los destituyó como profesores de la universidad y los exilió, por lo que desde 1840 aproximadamente vivieron en Berlín.

En muchos cuentos hay una especie de preámbulo que habla de lo que el ser humano es en esencia y que a la vez tiene que llegar a ser. Así, por ejemplo, al comienzo del cuento de *La bella durmiente* aparecen un rey y una reina, que siempre representan lo más noble y libre que cabe imaginar. Santa Teresa dice al principio de *Las moradas* que «el alma es como un castillo todo de diamante o muy claro cristal y lo habita un rey». La hija que les nace tendrá que pasar por un largo proceso para llegar a ser lo que en principio ya es.

Llega un momento en la vida, el cuento dice que hacia los quince años, en que el ser humano –en este cuento la princesa– siente curiosidad por conocer el palacio en que vive, es decir, por descubrir la vida, conocerse a sí mismo. Esto lo lleva a salir empujado por un anhelo, entrar en lo espeso del bosque y por fin descubrir el tesoro en el hondón del alma.

En *El sastrecillo valiente*, por ejemplo, es la necesidad de horizontes más amplios lo que le pone en camino. Su vida transcurre en una gran monotonía, cosiendo trajes, sentado a una mesa ante la ventana de su cuarto. Cuando oye una voz que grita desde la calle: «¡Vendo mermelada, buena mermelada vendo!», eso le atrae. El sastrecillo hace subir a la vendedora. Después de mucho rebuscar le compra por fin unas pocas onzas. ¡Tanto esfuerzo para tan poca cosa!

Unta una rebanada de pan con la mermelada y pasa a terminar el jubón. En eso vienen unas moscas; él mata a siete de un golpe. Se sorprende de sí mismo y de lo que es capaz. Piensa que alguien como él no debe encerrarse entre cuatro

paredes. Borda en un cinturón: «Siete de un solo golpe», y sale al mundo.

El dolor de no estar siendo quien en el fondo se es se manifiesta de muchas maneras. «En cada cual está aquel que debe ser, si no lo es feliz, no puede ser», decía Angelus Silesius. Hoy hace enfermar psíquicamente a cada vez más gente, porque falta la conexión con su centro personal. Este es como un tesoro, un sol, un rey o una reina; así llaman las madres a sus hijos, porque ven esto en ellos antes que cualquier otra cosa, lo mismo que los enamorados. En los cuentos a menudo se manifiesta en forma de oro. Así, en *El rey rana* aparece una princesa cuyo juguete preferido es una bola de oro. Un día juega con ella en la orilla de bosque, cerca de una poza. La echaba al aire, la recogía y volvía a echarla una y otra vez, hasta que en una de estas fue rodando hasta la poza y desapareció en sus profundidades. Se sentó y empezó a llorar, diciendo: «Todo lo daría por recobrar mi bola de oro, símbolo de la verdadera personalidad, del centro».

Quizá se pueda ver aquí el paso de la niñez –cercana al origen, a la fuente de la vida– a la adolescencia y edad adulta, en que se suele perder fácilmente el contacto original con el fondo de la vida. Cuando uno se da cuenta, sale a recuperar el «paraíso perdido».

La necesidad de la princesa se cruza con el problema de otro personaje. La rana que sale de la poza y le ofrece sacarle la bola de oro del agua resultará ser un rey encantado, deseoso de verse liberado del hechizo. En otro cuento, *Blancanieves y Rojaflor*, el rey se esconde bajo la piel de un oso. Si el primero inspira asco, el segundo inspira miedo. A pesar de esto, la rana entrará en palacio y el oso, durante los crudos inviernos, encuentra acogida en la casita de una anciana bondadosa y sus dos hijas. Una de ellas, la más cariñosa,

descubre un día el resplandor del oro que asoma por debajo de la piel de la fiera.

El cuento de *Doña Ínferos* narra la historia de una muchacha buena y bella que vive con una madrastra y una hermanastra que la desprecian. Todos los días tiene que hilar lana blanca junto a un pozo. De tanto trabajar se lastima las yemas de los dedos y mancha la lana, que, asustada, intenta lavar. La blancura de la vida ha quedado manchada y salta al pozo para recuperar el huso de la lana, que se le ha escurrido al intentar lavarlo.

Otras veces, como en *El tamborilero*, no se sale en busca de la propia liberación, sino por el deseo de liberar a otra persona, a una princesa encantada y retenida en lo alto de una montaña de cristal. En el caso de *Los siete cuervos*, una niña sale a rescatar a sus hermanos convertidos en cuervos y encerrados en una montaña.

Al principio del *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz también aparece con toda claridad este primer momento de insatisfacción, de anhelo profundo que hace gemir, clamar y buscar a Cristo escondido en «el más profundo centro del alma».

En muchos cuentos, la necesidad lleva a entrar en el bosque. A veces es una enredadera muy espesa o bien un lago, mar o pozo. En el «bosque», que corresponde a los desiertos en climas secos, se libra el combate fundamental. Por él pasa el camino a la propia identidad, al encuentro consigo mismo, a la transparencia de la trascendencia (Karlfried Graf Dürckheim), al descubrimiento vivo del sentido de la vida, que no puede proporcionar ningún libro. No queda más remedio que embarcarse en esta aventura.

Cuanto sucede en el bosque suele rozar muy de cerca la muerte, a veces pasa por ella. Blancanieves, envenenada con una manzana por la reina bruja, parece muerta, ya está en

un ataúd, pero los enanos no se deciden a enterrarla. También parece muerta la bella durmiente, sumida en un sueño de cien años. La muchacha que salta al pozo «despierta» y vuelve en sí cuando cae al fondo, y se encuentra en un prado maravilloso, donde brilla la luz del sol y crecen mil flores. Las tres, en cierto modo, resucitan de una muerte. Algo parecido pasa en *El rey rana* cuando la princesa tira la rana contra la pared y aterriza un hermoso príncipe. Otros rozan la muerte más de lejos, como en el caso del sastrecillo valiente y del tamborilero, que se encuentran en el bosque con gigantes y fieras que ponen en peligro sus vidas. Otro atraviesa el bosque con un compañero falso que le traiciona y abandona ciego y medio muerto debajo de una horca (*Los dos caminantes*).

En el bosque aparecen flores que cautivan el interés, ciervos que atraen, viejas que encantan, hambre. Presenciamos el peligro que supone atender a estas voces. Caperucita roja se encuentra con un lobo «del que ella no sabía que era un animal malo», que le dice: «¿No ves las flores tan bonitas que crecen en el bosque?». Caperucita entonces se fija en ellas y va cogiendo un ramo pensando llevárselo a la abuelita enferma que va a visitar. Estas flores la desvían de su camino y la van a llevar al vientre oscuro del lobo. San Juan de la Cruz hace decir a la esposa que va en busca del Amado, que es Cristo: «Ni cogeré las flores ni temeré las fieras y pasaré los fuertes y fronteras».

En el bosque habitan fieras: lobos, osos, unicornios, jabalíes y otros seres extraños, como enanos, ancianas y hombrecillos viejos, que son buenos para los buenos y malos para los malos; hay gigantes, brujas y demonios. Esos últimos son los «fuertes» de san Juan de la Cruz. Ante las fieras y los fuertes, el hombre siente miedo. Los cuentos lo repiten una y otra vez. Caperucita roja no se asusta «porque no

sabe», pero la persona que sabe teme, aunque no queda paralizada. Pasa adelante. En este momento suele aparecer una fuerza de otro orden. Tiene apariencia de debilidad, pero está muy por encima de la fuerza bruta del gigante o de la fuerza hechicera del mago. Sin esta fuerza de otro orden no se podría seguir adelante ni salir victorioso de la situación.

Esta fuerza anida en la persona humilde (el tercer hijo, el ingenuo) y de corazón bondadoso, como se ve en *El agua de la vida*, en que el joven atiende al hombrecillo y, gracias a él, recibe unas indicaciones y medios humildes que le llevan hasta el agua de la vida para curar a su padre. La muchacha de *Doña Ínferos* se apiada de las manzanas que ya están maduras y las recoge, escucha a los panes, que la llaman para que los saque del horno, porque ya están cocidos, y en la casa de la anciana limpia todos los días. Cenicienta encuentra su liberación por el camino de la humildad, sacando las lentejas de la ceniza; Blancanieves, sirviendo en casa de los enanos.

Otras veces juega un papel muy importante el ingenio. Así se ve en *El tamborilero* y en *El sastrecillo valiente*, que hacen creer a los gigantes, en un caso, que va acompañado de todo un ejército, y en el otro que tiene fuerza para sacar agua de una piedra, cuando en realidad está exprimiendo un queso, que sabe tirar muy lejos, cuando en realidad echa a volar un pajarillo. De esta manera consiguen la ayuda de los gigantes, en lugar de quedar aplastados por ellos, convierten la fuerza del gigante en su aliada. El Gato con botas, con su ingenio consigue vencer al mago y convertir a su amo pobre en rey. Estos cuentos recuerdan en parte al joven pastor David de Israel, que logra vencer al gigante guerrero Goliat con una piedrecilla cogida en el arroyo, «para que todo el mundo vea que no con lanza salva Yahvé».

A un soldado jubilado, que ha quedado sin sueldo y sustento para seguir viviendo, en el cuento de *El hermano del demonio, cubierto de hollín* le sucede algo realmente sorprendente. Sin darse cuenta de dónde se metía, firmó un contrato para siete años con un hombrecillo que resultó ser el mismísimo demonio. Su trabajo consistía en atizar el fuego debajo de la caldera. Pasado el tiempo establecido recibió su paga: una mochila llena de basura. Llegó muy defraudado a la tierra, pero, al abrir la mochila, la basura se había convertido en oro. ¡Hasta al mismísimo demonio es posible arrancarle oro!

De los años duros de la vida todos se llevan algo: un joven recibe de una vieja una perla que resultará ser muy importante, otro unas zapatillas viejas, con las que se puede andar muy deprisa, otro consigue un palo para descubrir oro o abrir puertas o desencantar personas convertidas en piedras.

Siempre se trata de medios en apariencia insignificantes, entregados por seres insignificantes y hasta despreciables a personas insignificantes, el hijo más pequeño, la hija extraña, el ingenuo. El orgulloso no los sabe valorar y suele perder la posibilidad de salvarse y llegar a ser «rey».

Para llegar a lo profundo, el camino conduce inexorablemente por un bosque, un desierto o un mar, donde se sufre hambre y sed, se pasa junto a abismos, se atraviesan tormentas, hay encuentros con seres extraños. El carácter ambiguo de estos es bien patente. A veces proporcionan los medios ya no solo bajo una apariencia insignificante, sino incluso de maldad. Aquellos seres representan el lado oscuro del tesoro. Son como la sombra de la persona, la luz en la forma del árbol que se interpone (K. Dürckheim). Por lo tanto, vencer esta sombra y arrancarle el sol, el oro, el yo auténtico y la trascendencia, es tarea fundamental en todos estos cuentos y en la vida humana.

El sentido no solo de sombra, sino también de materia prima, la tiene en los cuentos de modo especial el dragón. No se le vence por la fuerza bruta, sino por otra fuerza escondida que se despierta por la disciplina del cumplimiento humilde de una tarea, por la bondad y el amor, por el ingenio. En el cuento *Los dos caminantes* aparece uno de los personajes que más peripecias tiene que pasar por culpa de un compañero malo en el camino. Este le lleva repetidas veces al borde de la muerte, pero cada intento resulta ser a la postre un beneficio para el que es recto, el cual dice al final: «Confiado en Dios, a uno no le puede faltar nada».

Entrar en el bosque es entrar en la vida y entrar en sí. Un elemento importante en el bosque es la casa o el palacio encantado, habitados a menudo por seres extraños. Todo eso es el mismo ser humano. En su interior ocurren todo tipo de aventuras de ese paso por el bosque.

En los diez cuadros del pastor en busca de su buey, del budismo zen, el hombre que andaba perdido por «haber dejado muy atrás su casa ancestral», «vuelve a casa sentado encima de su buey», «llega a los montes de su propia casa» y acaba «de vuelta al origen y a la fuente». La casa puede llegar a ser el «arca» a la que vuelve la «blanca palomica» para san Juan de la Cruz o el «templo del Espíritu Santo» para el apóstol Pablo.

Todas las travesías en los cuentos llevan a descubrir el Tesoro. Conducen finalmente a un palacio real, a una ciudad sobre la que brilla el sol, ante el trono del rey, a la alcoba de una princesa, a un arco que derrama oro, a convertirse en tesoro para los demás. Hay cuentos que no terminan allí. Hay algunos que refieren a continuación un tiempo en que el ser humano es puesto a prueba para afianzar lo alcanzado e irse transformando enteramente. A veces se vuelve a caer

y el cuento entonces pasa a un segundo o tercer ciclo, hasta que la persona, por fin, logra consolidarse.

Desde niña, estos cuentos populares han sido capaces de iluminar situaciones personales, dar sentido a momentos críticos, ayudar en el proceso de maduración. El sentido profundamente humano, espiritual, de los cuentos se me ha ido abriendo progresivamente al vivir con ellos, tratándolos. Siempre ha sido como entrar en un ámbito de suma sencillez, de bondad, de verdad, de confianza de que el bien es más fuerte que el mal. «No quisiera despojarme por ningún oro de las historias maravillosas que desde mi tierna infancia me acompañan o como las he ido conociendo a lo largo de mi vida» (Martín Lutero).

«Recoge mi corazón en mí hacia Ti»

Llegó el momento en que, siendo ya universitaria, decidí buscar una comunidad para dedicar mi vida a Eso que había percibido en diversos momentos, de modo muy especial en Montserrat.

Fue entonces cuando, durante un semestre de estudios en Friburgo (de Brisgovia), a donde había ido a parar por caminos inesperados buscando alguna ayuda para poder estudiar en Alemania, al final de una mañana entré en una iglesia. Estaba pintada de blanco, los muros estaban vacíos, seguramente todavía debido a los destrozos de la guerra. Estuve arrodillada en el último banco mirando al sagrario. No vi nada en concreto, fue como luz, muy simple, llena de amor, completamente clara y libre –Cristo amigo–. Todas las dudas de fe desaparecieron. Cuando salí, me dieron ganas de gritar por la calle: «¡Si supierais todos cuánto se nos ama, cómo cambiaría todo!».

En Friburgo conocí a una de las «Mujeres de Betania», una comunidad fundada por Jacques van Ginneken, SJ, en

los Países Bajos, misión en el mundo moderno, ecuménica, que me atrajo. Entroncaba con la corriente de las beguinas medievales: mujeres contemplativas en medio del mundo.

Al no disponer de recursos para un viaje normal a Holanda con el fin de conocerlas más de cerca, fui en autostop, en un camión de transporte que hacía todas las semanas el recorrido de Suiza a Holanda. Me pareció extraordinario encontrarme allí con un grupo de mujeres, hechas y derechas, de fe. Al año me uní a ellas. Con el tiempo, sin embargo, apareció algo así como un disco rayado en mi interior: «Lo es y no lo es». Tomé algunas decisiones dolorosas porque me parecía en conciencia que, aun comulgando profundamente con lo esencial, la cosa no iba por allí, que yo al menos tenía que hacerlo de otra manera. ¿Cómo? Obediente en primer lugar al Espíritu Santo, que habla en el propio corazón, discerniendo esa obediencia con las Mujeres de Betania. Les confesaba que en conciencia no podía hacer otra cosa. La dirección nunca puso obstáculos.

Esto ya empezó cuando, antes de los votos definitivos, hice los ejercicios ignacianos de treinta días a base de «puntos» varias veces al día. A la mitad le dije a mi superiora que, si seguía, iba a perder la fe. Ella me dispensó de asistir a los «puntos» y permitió que siguiera con un icono de Cristo que me había llamado la atención. Aquella forma de hacer los ejercicios espirituales había sido para mí como un empacho que no alimentaba, sino que tapaba. Esa decisión supuso apartarme del grupo y, aparentemente, del camino ignaciano, que por otra parte me era tan valioso, pero reencontré ambas cosas de una manera nueva después de soltarlas.

Una compañera de Betania buscó aquel icono en tamaño mayor y lo preparó sobre madera. Es Cristo en la tumba, pero de pie. Las manos recogidas, como atadas. Detrás de él, una

cruz negra en la que sobresalen arriba dos clavos en un lado y uno en el otro. La cabeza se inclina ligeramente hacia el lado de los dos clavos y está enmarcada por una cruz delicadísima como de perlas y surcada por líneas rojas. A un lado, un ángel con las alas recogidas extiende una mano hacia él, como en gesto de compasión ante tanto dolor. En el otro lado, un ángel con las alas ardientes hacia arriba levanta las manos en adoración ante tal amor. En el lado derecho, una herida. De allí nace la *ecclesia*, de él, muerto pero vivo, solo pero engendrando comunidad.

Seguí con intención de ser fiel al propio corazón y a las interpelaciones que me llegaban del entorno, discerniendo a la luz del Evangelio y de la primera *Regla* de Betania, que me había dado a leer la superiora en un retiro y me había sorprendido mucho; me parecía una joya. Me comprometí además a comunicar regularmente lo que iba viendo. Era como atreverse con la ridícula piedra de David, prescindiendo de la sin duda excelente armadura del rey, la forma tradicional, aquilatada, avalada. Esto me llevó a vivir y trabajar en un barrio periférico de Madrid. En ese tiempo más o menos surgió en mí una petición que brotaba a menudo del fondo del corazón: «Recoge mi corazón en mí hacia Ti».

Fue también el tiempo en que tuve la primera noticia del zen gracias precisamente a dos Mujeres de Betania, holandesa una y austríaca la otra. No pude ir a un curso de zen con H. M. Enomiya-Lassalle, SJ, en Alemania, al que ellas iban a ir y al que me habían invitado; pues quería vivir, como los demás vecinos, del propio trabajo, y este no daba para tanto. Pero les pedí que me mandaran siempre los programas.

Resultó que una vez tuve que ir a Austria como miembro de una comisión de estudio de Betania y que a la vuelta, cerca de donde tenía que hacer un transbordo, estaba pro-

gramado un *sesshin* de Lassalle. Conseguí plaza y me enteré de que unos meses después él iba a dar por primera vez un *sesshin* en España, en la provincia de Madrid. Para poder asistir me ofrecí como traductora. Así empezó la cosa.

La tarea más noble de la razón

Volviendo atrás en el relato, en la Universidad de Friburgo había seguido las clases de Bernhard Welte y asistí a alguna conferencia de Heidegger, que por aquel entonces ya era profesor emérito. Mucho más tarde supe que en esta universidad habían tenido contacto con el zen. Por ejemplo, un profesor japonés de Kyoto, Nishitani Keiji, había asistido a las clases de Heidegger entre 1937 y 1939. Otro profesor de la misma Universidad japonesa de Kyoto, Ueda Shizuteru, había presentado en 1965 una tesis doctoral en la Universidad de Marburgo titulada *Antropología mística del Maestro Eckhart y su confrontación con la mística del budismo zen*.

A Welte le agradeceré siempre haberme salvado de haber quedado atrapada en un racionalismo que me hacía querer entender lo que no se puede entender y me llevaba a un callejón sin salida. Pude ir más allá gracias a sus clases sobre Blaise Pascal, «Presupuestos filosóficos para la comprensión del cristianismo». Se me grabó para siempre: «El corazón tiene sus razones que la razón no puede entender» y «la tarea más noble de la razón es reconocer sus propios límites». Cuando, muchos años después, escribí a Welte para agradecersele, me mandó su libro *Meister Eckhart. Gedanken zu seinen Gedanken* («Maestro Eckhart. Pensamientos sobre sus pensamientos»). En este libro habla de cómo algunos pensamientos del Maestro Eckhart son como «una mano tendida hacia una lejana cultura».